

párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—¡Mario!—gritó el anciano.—¡Mario! ¡Niño de mi alma! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; gracias!

Y cayó desmayado.

LIBRO CUARTO

JAVERT DESORIENTADO

JAVERT DESORIENTADO

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida, y también por la primera vez de su vida con las manos cruzadas atrás.

Hasta entonces Javert, de las dos actitudes de Napoleón, sólo había adoptado la que denota un ánimo resuelto, los brazos cruzados sobre el pecho; érale desconocida la que denota incertidumbre, esto es, las manos cogidas atrás. Habíase verificado en él un gran cambio; toda su persona, lenta y sombría, llevaba el sello de la ansiedad.

Internóse en las calles más silenciosas.

Sin embargo, seguía una dirección.

Tomó por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costó, dejó tras de sí la Grève y se detuvo á alguna distancia del cuerpo de guardia del Châtelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el Pont-au-Change á un lado y los muelles de la Mégisserie y de las Flores al otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino.